

EL VICARIO DE ZARAUZ



Todo el mundo sabe por la prensa quién es el vicario de Zarauz, un notable meteorólogo; y yo tenía deseos de conocerle. Me arreglé un medio, y voy á dar cuenta de mi visita.

A la hora marcada estaba yo acompañado del secretario del municipio, en la casa número 58 de la calle Mayor de este pueblo, ó sea en la del vicario de Zarauz.

Nos abrió la puerta una niña, preguntamos por él, nos respondió que sí estaba y nos subió al primer piso. En él se veía una sala modesta; pero no era allí donde nos quería recibir, porque subió la niña á dar cuenta de nuestra llegada, y cuando bajó nos condujo al piso segundo. Pasado un corredor nos encontramos en un despacho regularmente espacioso, donde nos dejó la niña, y se fué.

Veíase allí una gran mesa llena de libros en desorden, y algunos pliegos de papel llenos de letra manuscrita.

Sobre la silla, de tapicería barata, y ya de bastante tiempo de uso, se veían también libros y algunos otros objetos; entre ellos, dos aves acuáticas disecadas, de tamaño algo mayor que el de un pato, y algunos minerales.

Por las paredes, algunos cuadros, entre ellos, un retrato del vicario, de tamaño casi natural, hecho al carboncillo y cubierto de suave gasa azul para que no le dañen las atrevidas moscas, y una modesta librería.

Estábamos observando uno de estos cuadros—representativo de San Ignacio de Loyola, para más señas—cuando se presenta por la puerta misma por que entramos nosotros un sacerdote delgado, de poca estatura, y extremadamente vivo.

Era el vicario.

Pronto entramos en materia.

—Usted viene á su casa—me dijo—y yo tendrá mucho gusto en enseñarle lo poco que en ella tengo.

—Con mucho gusto, señor cura, es lo que deseaba; porque aunque profano á esta ciencia á que usted se dedica, pues mi profesión es la de abogado, tengo tanta afición á la meteorología, que gozaré viendo lo que usted me enseñe y oyendo lo que me explique.

Nos levantamos todos, y el vicario nos condujo á otro extremo del comedor.

Pasamos por un cuarto estrecho, pero de más abundante luz que el despacho, cuarto en el que había una cuna cubierta de blanca colcha de punto. En la habitación contigua á esta, que ya habíamos atravesado nosotros, nos detuvo nuestro guía.

Allí estaban sus aparatos de observación.

Pendiente de la pared de la izquierda se veía la columna mercurial de un gran barómetro, grande por sus dimensiones; por su forma y materia, no podía ser más sencillo. Debía su construcción al mismo vicario, y consistía en un buen tubo de cristal que arrancaba de un cajoncito de pino, sin pintura ninguna, como la tabla á que estaba fijo el tubo. Abrió el cajoncito con el auxilio de un destornillador, y vendría á tener la caja mercurial un espesor de un centímetro escaso.

De esta manera, prosiguió, lo que me había de haber costado ocho ó nueve duros me ha salido por cincuenta reales.

—Muy bien, padre, muy bien; eso es unir á la ciencia de la meteorología la ciencia económica: las dos ciencias prácticas.

Se sonrió cortesmente, y siguió enseñándonos sus rústicos, pero precisos aparatos.

Nos mostró otra gran columna mercurial en forma serpenteada y un timbre despertador unido lo mismo que ella á un tablero; aparato de invención suya sobre el que no quiso darnos, por lo victo, explicaciones.

Por último, nos enseñó una escala de madera, esta ya perfectamente pulida, pintada y numerada y cuya disforme graduación era tal que cuando el barómetro subía ó bajaba *un milímetro*, en aquella escala recorría el líquido del tubo *un metro*. Un día veo con sorpresa —nos dijo— que de repente recorre el metro entero el indicador en esta escala, cosa que no había notado nunca, pues cuando más había recorrido la cuarta parte, y tan pronto como esto observé, un chasquido espantoso aturdió mis oídos: era una chispa eléctrica que había caído en sitio cercano.

Desde allí nos condujo á un tercer piso al que se sube por una es-

trecha escalera de madera, y nos encontramos en otra especie de despacho, cuarto de estudio y de trabajo más bien, que comunica con una plataforma de madera que á modo de terraza tiene para hacer sus más constantes observaciones.

Aquella habitación está materialemente inundada de luz, es la más clara de la casa.

Llena de libros y papeles todo en completo desorden, algunos libros en una estantería de madera al lado de la salida á una de las plataformas y al lado también de esta salida, otro barómetro hermano del que vimos abajo.

Todos los barómetros carecían de escala, no tenían más que un trocito de metro de carpintero á la altura que señala los 750 á 770 milímetros poco más ó menos, es decir, la escala de oscilación corriente en la región, según inferí.

Se disculpó nuestro meteorólogo del desorden que reinaba en aquella pieza; á lo que hube de responderle que no tenía por qué hacerlo, pues es cosa sabida que en el cuarto del trabajador intelectual no debe entrar el plumero de la criada, y mucho menos aún en el cuarto de trabajo del sabio.

Eché un cuarto á espaldas con él sobre lo indeterminado de las leyes de la meteorología, lo que la hace más difícil que otras muchas ciencias, le hice recaer la conversación sobre la electricidad atmosférica y teoría de la chispa y del pararrayos, especialidad dentro de la meteorología que más cautiva su atención y sobre lo que quería darle pretexto para hablar y concluir por preguntarle:

—Dígame, ¿y no ha escrito usted algo sobre estas materias?

—Sí, señor; me dijo, y rápido como la misma centella desapareció, vino, volvió á desaparecer y reapareció de nuevo, logrando encontrar y poner en mis manos un grueso de revistas profesionales, cosidas unas con otras á modo de libro, y en las que se venían publicando una porción de artículos suyos.

Cogí aquel manuscrito, comencé á leer uno de los artículos en alta voz, y dejándolo sobre una mesa, dije: Me va usted á permitir, señor cura, que dirija á usted una alabanza; porque no puedo menos de decirle que no solo es usted un gran meteorólogo, sino un gran hablista, y eso que creo es usted bascongado.

—Sí, señor.

Así era, efectivamente; no solo había ciencia allí, sino que aquellos

párrafos eran un modelo de literatura, cualidades ambas que cuando se hermanan, como—aunque tan á la ligera y rápidamente,—he podido juzgar acontece en los escritos de D. Juan Miguel Orolaga hacen de lo que se escribe un objeto de estudio á la par que de delectación.

—Creo se piensa en construir para usted un observatorio en sitio por usted mismo elegido en la costa.

—Sí señor, así es, y buena falta nos hace, porque tengo que salir con mucha frecuencia al Sudeste para realizar mis trabajos de observación.

—Y ahora que dice usted de observación, tengo entendido que no son muy exactos los datos que dan como tales muchos observatorios franceses.

—Así es: no el de París, pero sí los de los departamentos.

—En fin, no quiero quitar más tiempo á usted, que tan bien lo aprovecha, y me despido, poniéndome á sus órdenes.

Muy atenta y finamente nos acompañó hasta la puerta del primer piso, y salimos de aquella modesta casa, morada del saber y de la ejemplaridad.

He cumplido mi oferta.

La suerte acompañe en sus investigaciones á este laboriosísimo sabio que tanto puede hacer progresar á una ciencia que ahora se organiza y torna cuerpo, y que tantos días de esplendor puede dar á su patria, que es la nuestra.

A. S.

Zarauz, 12 Agosto 1901.

